



Selvas melancólicas y alegres ciudades

Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX

JUAN CARLOS JURADO JURADO

Historiador, docente-investigador

Fundación Universitaria Luis Amigó (Medellín)

Investigación gráfica: Patricia Londoño

EL orden social colonial se definía por una mentalidad urbana. Sin embargo, la vida urbana era en realidad muy precaria. Las ciudades y villas no estaban claramente diferenciadas del campo en sus espacios y formas de vida, y la cotidianidad transcurría en medio de una profunda familiaridad con el paisaje natural, del que se lograba la subsistencia o con el cual se debía convivir por fuerza.

Aun en los principales centros urbanos coloniales, la vida agraria y campesina tomaba forma en los sectores y calles más céntricos de las ciudades con la presencia de huertas y potreros, las mangas de los ejidos y arrabales, o el vagabundeo de animales domésticos por la vecindad. Estas situaciones fueron más propias de las inmediaciones rurales donde vivía numerosa población trabajadora, “connaturalizada” con un modo de vida “montaraz”, como se decía en la época. Hechos usuales como ir de viaje o a trabajar implicaban para muchas personas, más para las de baja posición, salir del entorno casero y tener un contacto más íntimo con el mundo natural sin domesticar, al que la ciudad pretendía imponer sus términos y donde no se hallaban sus seguridades.

Fuera y dentro de los centros urbanos, las relaciones de las gentes coloniales con el paisaje natural nos permiten conocer mejor el carácter de aquella sociedad. Pues las relaciones sociales, en sentido amplio, no se restringen a las existentes entre los hombres, sino que involucran de forma inherente el paisaje natural en que se inscribe la vida de una comunidad¹. Por paisaje natural, se propone para este artículo la noción geográfica que lo define como el medio o el entorno natural no intervenido, o intervenido precariamente por el hombre con hechos de civilización como las siembras, las explotaciones mineras, las casas, los caminos, y en el extremo de la acción humana las ciudades o poblados. Éstos últimos suponen la domesticación y transformación del medio físico natural por parte del hombre, y la instauración de una geografía humana y no física².

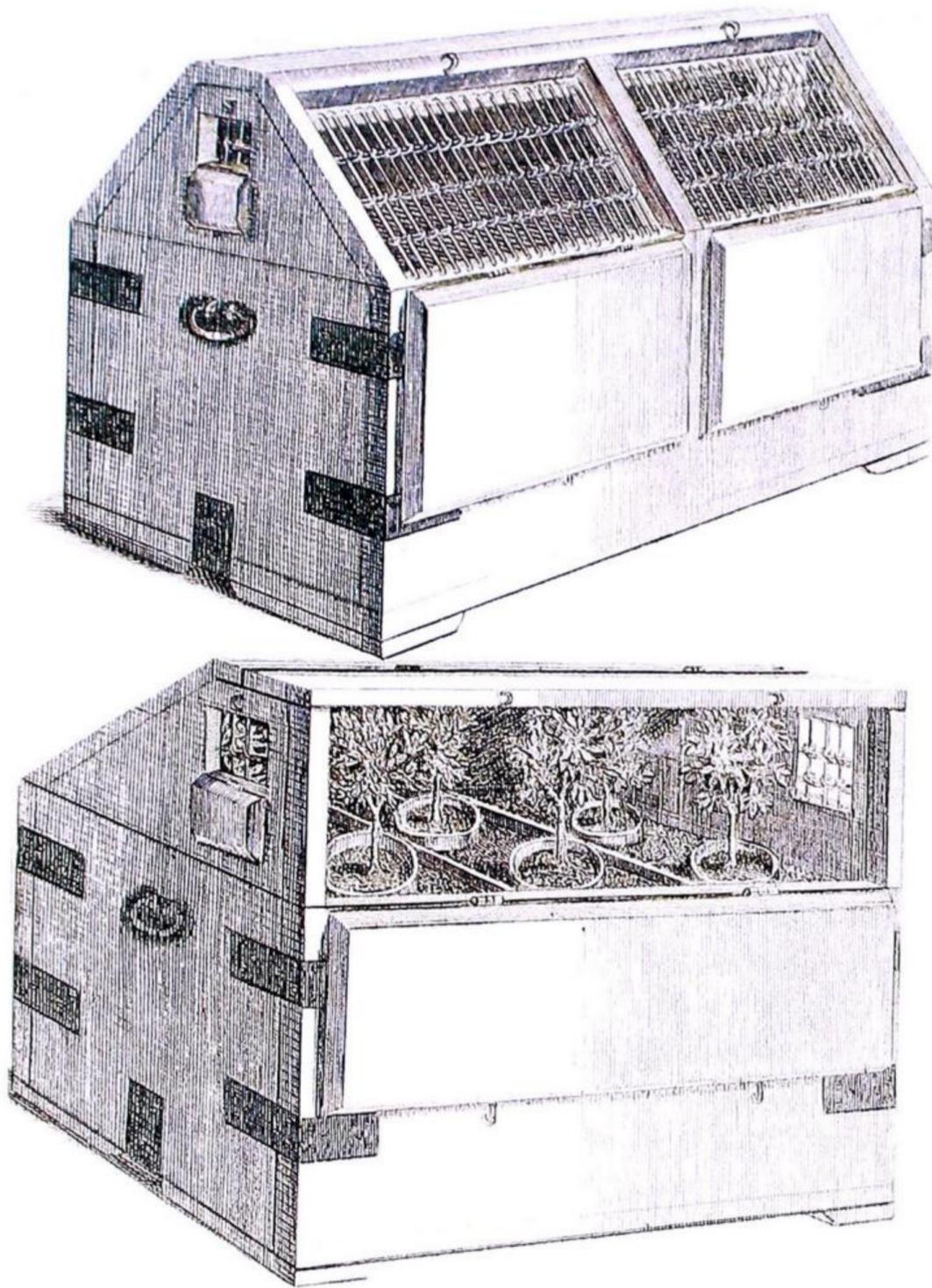
LA FAMILIARIDAD CON LA NATURALEZA

Hacia 1808, José Manuel Restrepo, en su ensayo sobre la geografía de Antioquia, decía que hasta el momento la provincia, “una de las más fértiles y ricas del Nuevo

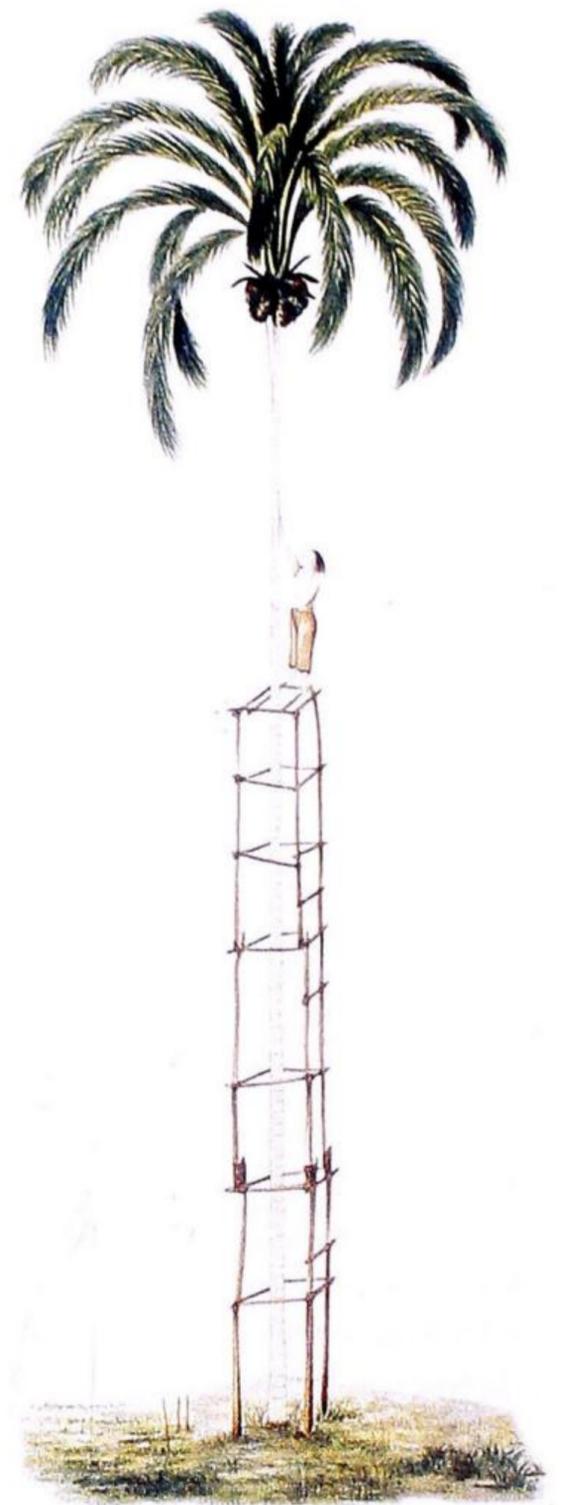
Página anterior:

Viñetas botánicas del código florentino incluidas en la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Bernardino de Sahagún (reproducido en Karsten, *Flora columbicae*, reedición de Giorgio Antei, Bogotá, 1996).

1. El tema ha sido tratado con especial énfasis en: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981, especialmente en el capítulo XIX, “El sentimiento de la naturaleza y del destino”. Allí, Le-Roy Ladurie explora, más allá del tiempo y del espacio socializados, lo que ocurre con las actitudes fundamentales de los campesinos del alto Ariège concernientes a la naturaleza y al macrocosmos. Como podrá verse, este ensayo constituye una introducción al tema, para ir definiendo un cuadro de las actitudes de la sociedad neogranadina respecto a la naturaleza. Agradezco a los historiadores Luis Fernando Molina y a Juan Carlos Vélez por sus sinceros y útiles comentarios al texto borrador.
2. Nociones simplificadas para efectos de la exposición, pero propuestas con toda su complejidad por Pierre Gourou en su *Introducción a la geografía humana*, Madrid, Alianza Universidad, 1979; en particular en las páginas 11-12 y 323-326.



Herbarios para el transporte de plantas, 1779 (reproducido en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, 1996).



Sertum Palmarum Brasilensium, dibujo de J. Barbosa Rodríguez, 1903 (reproducido en Karsten, *Flora columbiana*, reedición de Giorgio Antei, Bogotá, 1996).

Reino de Granada”, era desconocida para los geógrafos. Dada la importancia de las noticias topográficas para el desarrollo económico de un país, agregaba, era necesario conocer el curso de los ríos, la dirección de las montañas y la altitud y latitud de muchos lugares. Por ello Restrepo viajó por la provincia con los instrumentos necesarios, levantó su carta, e hizo varias investigaciones sobre sus frutos, industria y población³.

Restrepo, interesado en investigar, medir y dibujar, afrontó el paisaje natural como geógrafo. Encontró que aquél era digno de ser recorrido por un sabio naturalista, para establecer sus riquezas y cualidades a fin de hacerlas instrumento del desarrollo económico. Éste sería posible si la zoología, la botánica y la mineralogía fueran llevadas a los lugares selváticos donde jamás habían penetrado las ciencias. Tal actitud ilustrada del intelectual y dirigente político de la época era propia de los criollos y españoles educados, especialmente a partir de la Expedición Botánica.

Lejos de actitudes científicas como las de los ilustrados, un interés práctico ocupaba a las familias de campesinos y trabajadores, en su mayoría mestizos y mulatos, para quienes el paisaje natural aparecía principalmente en rela-

3. José Manuel Restrepo “Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada, en *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Historia, t. I, Editorial Minerva, 1942, págs. 244-245.



El tabaco, lámina tomada de *Litografía y grabado en el México del XIX*, t. II, México, 1993.

ción con sus actividades de sobrevivencia. Como propietarios de diversos recursos agropecuarios que variaron con la geografía antioqueña, los campesinos tejieron sus relaciones más inmediatas con el medio natural del que dependían. De forma que sus prácticas económicas expresan la estimación que hacían de sus recursos.

Las tierras cálidas de la jurisdicción de la ciudad de Antioquia se dedicaron a la cría de ganado y a la producción de caña que se procesaba en los trapiches de la zona. También se dieron grandes sembradíos de cacao y frutales, más comunes en pequeñas parcelas con cultivos de maíz.

4. Respecto al papel del oro en la colonización de tierras y en la transformación del paisaje regional, resulta importante la optimista observación de José Manuel Restrepo, muy propia del siglo XIX y ajena a la preocupación ecológica de nuestro siglo: "...he aquí la fuente de las riquezas y mediana prosperidad de la provincia de Antioquia. Por este precioso metal, las antiguas selvas se transforman en risueñas campiñas; bellas ciudades se levantan donde sólo había fieras y bosques melancólicos; alegres quintas, edificios costosos, nuevos caminos, el lujo y las comodidades, tales son los grandes resultados del trabajo de las minas de oro en este país. El metal que de ellas se extrae circula rápidamente dando vida y movimiento a su comercio y agricultura". *Op. cit.*, pág. 264; también págs. 280 y 282.

5. *Ibid.*, pág. 253. Se obvia la imprecisión de cifras en aras de dar una idea de las proporciones entre tierras pobladas y selváticas. El acelerado crecimiento demográfico hacia el final del siglo XVIII fue saturando las zonas tradicionalmente pobladas, ocasionando una sobredemanda de los recursos explotados, más visible en el valle de Aburrá y la jurisdicción de la ciudad de Antioquia. Sin embargo, lo poblado apenas correspondía a una doceava parte del territorio de la gobernación. Beatriz Patiño M., "La provincia en el siglo XVIII", pág. 70, en *Historia de Antioquia* (director general, Jorge Orlando Melo), Medellín, Suramericana de Seguros S. A., 1988. Al finalizar el siglo

continúa



'El pico de Orizaba (Citlaltépetl) visto desde el Bosque de Xalapa' dibujado en 1807 (reproducido en *Litografía y grabado en el México del XIX*, t. I, México, 1993).

En el oriente, en las jurisdicciones de Rionegro y Marinilla, el clima frío fue más apto para la cría de ganado vacuno y la siembra de maíz, frijol y legumbres, que se consumían en gran proporción en las tierras mineras aledañas. En el valle de Aburrá existieron hatos ganaderos para la producción de carne y se sembró maíz y caña para comercializarlos principalmente en los distritos mineros del valle de los Osos, al norte. En el bajo Cauca, en las jurisdicciones de Cáceres y Zaragoza, las tierras bajas y cálidas, que fueron más prolíficas en ríos y quebradas con aluviones, tuvieron un pobre desarrollo agrícola.

En las tierras roturadas, inscritas y circunvecinas a las ciudades y villas, se establecían relaciones de dependencia más consolidadas con el paisaje natural inmediato. De forma similar sucedía en las tierras cuyos bosques se descuajaban para dar paso a las explotaciones mineras y a nuevos poblamientos, permanentes unos, itinerantes otros, dependiendo del hallazgo de nuevas vetas de oro⁴. De forma que el resto del territorio provincial, no roturado por las comunidades locales y que en total sumaba 2.200 leguas cuadradas, según José Manuel Restrepo, estaba "lleno de bosques antiguos, árboles corpulentos, pocas palmas y espesas matas"⁵. Las zonas habitadas que apenas configuraban, en un inmenso paisaje selvático, un pobre y marginal reguero de centros poblados dispersos y casi incomunicados entre sí, totalizaban apenas 250 leguas cuadradas de área.

Poseer tierras o animales de distinto tipo significaba un mejor estatus social y económico para el propietario, y en principio el fortalecimiento de sus seguridades más primarias con el medio natural, cuyos rigores e incertidumbres podían amenazar la existencia.

Animales y tierras eran parte importante del patrimonio personal y familiar en la sociedad colonial. Así lo ilustra el caso de un poblador corriente como José Joaquín Giraldo cuando fue registrado en el censo de 1787, en la ciudad de Rionegro. Aunque era un escultor que decía mantenerse de su oficio, poseía, además de las tierras "que le dieron en dote a su mujer", seis vacas y un caballo, y "en la huerta produce legumbres". Con la diversidad de recursos, este mestizo ampliaba el marco de seguridad para la manutención de sus seis hijos y de su esposa⁶.



Cráter del Popocatépetl visto en 1834 por D. T. Egerton (reproducido en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, 1996).



'Monte virgen' de Veracruz, por C. Nebel, c 1830 (tomado de *Litografía y grabado en el México del XIX*, t. II, México, 1993).

La estrecha familiaridad de las gentes coloniales con el paisaje natural en donde se desarrollaba su existencia, creaba los vínculos más primarios de la vida social y familiar, como lo sugiere Mariano Ospina Rodríguez al señalar que en aquellos tiempos los niños crecían al sol y al aire libre, y desde temprano se habituaban a trepar las cuestas de las montañas, penetrar en los bosques, salvar los torrentes de agua para ir de un lado a otro o para divertirse, y atravesar a nado los ríos⁷. De igual forma, y como sucede en las sociedades campesinas, las gentes desarrollaban en su vida diaria todo un "saber popular" sobre las virtudes medicinales y mágicas de las plantas, los comportamientos de los animales domésticos y salvajes; y desarrollaban una especial sensibilidad para interpretar los signos cósmicos que recomendaban el inicio de las siembras, las cosechas, o algún evento inesperado, fatal o afortunado.

- XVIII, el gobernador Juan Antonio Mon y Velarde señalaba que alrededor de tres cuartas partes de la provincia se hallaban "incultas y casi despobladas". Emilio Robledo, *Bosquejo biográfico del señor oidor Juan Antonio Mon y Velarde. Visitador de Antioquia 1785-1788*, Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1954, t. I, pág. 95. A las zonas boscosas y despobladas que suponían un margen para toda actividad humana, se las denominaba en los siglos XVIII y XIX los *desiertos*. Como una frontera más o menos clara demarcaban el límite entre el paisaje transformado o domesticado perceptible con la ciudad o el poblamiento urbano y entre el paisaje boscoso y selvático. Véase, Teodomiro Llano, *Biografía del señor Gabriel Echeverri E.*, Bogotá, 1890, Folletos Miscelánicos, núm., 105, págs. 24 y 77, Sala de Colecciones Especiales, Biblioteca Universidad de Antioquia. También, Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Viajes, vol. II, Editorial ABC, 1943, págs. 402, 405, 413 y 449.
6. Archivo Histórico de Antioquia (A.H.A.), t. 341, doc. 6521, fols. 31v. y 122.
 7. *Biografía del doctor José Félix de Restrepo*, Medellín, Imprenta de La Libertad, a cargo de Juan C. Barrientos, 1888, Folletos Miscelánicos, núm. 88, documento 2.



'Árbol de Santa María del Tule, en el departamento de Oaxaca', 1841 (reproducido en: *Litografía y grabado en el México del XIX*, t. II, México, 1993).

La ruralización de la sociedad provincial durante el siglo XIX, resultado del proceso colonizador que forzó a muchos campesinos a vivir en tierras que apenas se roturaban eran habitadas, supuso también una familiaridad particular con el paisaje natural, situación que en realidad no parece muy diferente de la de la época colonial. Emiro Kastos lo sugiere en un cuadro idílico y pintoresco, cuando narra la vida de un típico campesino antioqueño en la figura de *Mi compadre Facundo*:

*Como en la familia oriental del patriarca o del beduino, se vive allí en cierta fraternidad con los animales. Con frecuencia se ve a los terneros correteando en las alcobas, al burro paseándose majestuosamente por la sala o a las gallinas cacareando sobre el lecho conyugal. Todos especulan en la casa y cada uno pesca para su canasto. El patrón especula en todo; la señora engorda marranos con los desperdicios...*⁸

CATÁSTROFES NATURALES, SANTOS PROTECTORES Y DEVOCIONES RELIGIOSAS

Independientemente de cualquier actividad de subsistencia, la familiaridad con una "naturaleza incontrolable" en la Colonia, y aun durante la República, pudo suscitar un sentimiento de "fatalismo resignado" que hoy nos cuesta comprender a los hombres de comienzos del siglo XXI, pero que era una actitud propia y generalizada de sociedades agrarias y tradicionales⁹. Los azares y rigores del clima podían ocasionar pérdidas de cosechas y hambrunas colectivas; y si trastocaban la vida de toda la comunidad, afectaban con más fuerza a los pobres. Una situación de crisis de sobrevivencia se presentó en la provincia de Antioquia a principios del siglo XIX, según lo registra el historiador Álvaro Restrepo Eusse:

Desde mediados de 1807 comenzó a sentirse en la provincia el efecto de un prolongado verano o falta total de lluvias, por escasez de víveres para atender la ordinaria alimentación de sus habitantes; situación que se agravó

8. Emiro Kastos, *Artículos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, vol. 3, 1972, pág. 155.

9. Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia*, t. II: *Popayán: una sociedad esclavista. 1680-1800*, Bogotá, La Carreta, 1979, pág. 254.



Interior del Bosque de Chapultepec, México (tomado de *Litografía y grabado en el México del XIX*, t. II, México, 1993).

considerablemente con el consiguiente verano de 1808, produciendo una calamidad de hambre cuya memoria con todos sus horrores se ha conservado con espanto. A pesar de los filantrópicos esfuerzos que hicieron las autoridades y los ciudadanos, no pudo obtenerse eficaz remedio hasta que se estableció el curso regular de las cosechas¹⁰.

Estos eventos críticos que hacían más evidentes a los campesinos coloniales estar a merced de la naturaleza, eran periódicos y podían generar tensiones sociales debido al miedo y a la competencia por sobrevivir. Al revisar las actas del cabildo de Medellín desde su fundación y otro tipo de documentación histórica, como los archivos criminales, se percibe que en medio de veranos intensos o de largos y devastadores inviernos, estas crisis de sobrevivencia, resultado de la carestía de alimentos, podían agudizar la pobreza, y con ella los robos de animales y frutos del campo, y otros delitos como la prostitución y la vagancia. En la documentación de los archivos criminales, por ejemplo, el hurto y el desempleo aparecían, a veces, asociados a la carestía de alimentos por desarreglos climáticos, ofreciendo a algunos acusados un argumento para justificar sus “raterías”.

Un caso que ilustra esta problemática es el de Domingo Moreno, un mestizo de la ciudad de Antioquia, acusado de vago y ladrón hacia 1809, año en que “hubo hambre en el pueblo”. El abogado defensor de este ladrón disculpaba sus robos de alimentos y animales con la indigencia que padecía su familia.

...siendo este motivo muy suficiente para que por el Juzgado se le mire con aquella equidad tan recomendada por las leyes en beneficio de los pobres miserables, cuando acaecen semejantes casos para socorro de sus familias; pues los alimentos de necesidad, ante todas cosas se procuran y deben procurar por ellos¹¹.

Las epidemias de viruela y sarampión, así como las plagas de langostas, también significaban un temido desarreglo de la economía y la vida diaria. De igual forma,

10. *Historia de Antioquia (departamento de Colombia). Desde la Conquista hasta el año de 1900*, Medellín, Imprenta Oficial, 1903, pág. 99. Camilo Botero Guerra, *Anuario estadístico de 1888*, refiere que “en 1808 y 1809 hubo hambre en el pueblo, y en 1814 y 1815 se presentó la langosta y asoló las sementeras”, pág. 102. Véase también, José M. Restrepo, *op. cit.*, pág. 263, nota 1.

11. A.H.A. Criminal B-100, 1800-1810, doc. 30, fol. 8. Otra alusión similar, en A.H.A., Criminal B-31, 1800-1840, 18, fol. 7v. Más información al respecto puede encontrarse en algunos de los casos expuestos en mi tesis de grado, *Vagos, pobres y mendigos: control social en la provincia de Antioquia, 1750-1850*, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín), Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Medellín, 1992.



Ninfa, dibujo de 1849 (tomada de *Litografía y grabado en el México del XIX*, t. II, México, 1993).

las catástrofes naturales, como las inundaciones, largas temporadas de lluvia, vendavales, erupciones volcánicas, terremotos y deslizamientos de tierra y lodo, que podían arrasarse con los cultivos y con pueblos enteros. Era entonces cuando los sentimientos de precariedad de la vida material se experimentaban con más fuerza, y se recurría con afán a los poderes de la “Divina Magestad” por medio de rogativas, romerías o novenarios, dada la inoperancia de los remedios humanos. Actos de fe que manifestaban la certidumbre en los poderes divinos para restablecer el curso regular de la naturaleza¹².

Las actitudes religiosas expresaban también sentimientos de inseguridad material y psicológica, y parecen más propias de sociedades agrarias tradicionales, donde el precario dominio tecnológico sobre el medio natural se “contrarrestaba” con los poderes comunitarios de orden mágico y religioso. Estas manifestaciones de religiosidad popular, sobre las que será necesario investigar más a fon-

12. Germán Colmenares, *op. cit.*, págs. 254-257. Para un análisis más detallado sobre las epidemias de viruela, véase: Renán Silva, *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada*, Cali, Universidad del Valle, 1992.

do, no fueron exclusivas de la época colonial, y continuaron durante el siglo XIX. Además, según los lugares y circunstancias, variaron de acuerdo con las preferencias de cada grupo social por un santo de su devoción, o de las localidades por su santo patrón, a los que se acudía por sus poderes para restablecer la normalidad de la naturaleza¹³.

En el caso de la ciudad de Medellín, eventos naturales nefastos para la agricultura, como una plaga de langosta, despertaron la devoción hacia la Virgen de la Candelaria, la santa patrona de la localidad. Así lo anotaba el conservador antioqueño Pedro Antonio Restrepo en su diario:

Mayo 19/1878: El padre Gómez convidó ayer para ir en peregrinación a Itagiú, llevando a Nuestra Señora de La Candelaria a decirle una misa allí y a matar langosta [...] Muy de mañana mandé a mis hijos [...] que se fueron adelante de mí a matar langosta; yo me fuí después. Apenas llegué encontré la democrática [la guardia liberal] borracha, la caballería borracha [...] lo cual produjo un temor tal, que se volvieron en el acto a traer la virgen temiendo las irreverencias [contra ella]¹⁴.

Por encima de las diferencias en las advocaciones locales, en el santoral católico se atribuía a santa Bárbara el poder de apaciguar y poner fin a los desastres naturales. Y, al parecer, la santa ocupaba un lugar digno en la religiosidad de la sociedad neogranadina, según lo refiere John Potter Hamilton hacia 1825. Dice en su memoria de viaje que, después de ausentarse por un año de Bogotá:

Supimos que durante nuestra ausencia casi no había llovido en Bogotá, y al finalizar enero, vimos desfilar la gran procesión de santa Bárbara, pidiendo su intercesión para conseguir la lluvia que tanta falta hacía. Más, al parecer, la santa era dura de corazón e inmovible a las súplicas, pues durante todo este tiempo no cayó una sola gota de agua. Santa Bárbara es la santa que imploran los colombianos para alejar terremotos, pestes, hambres, etc...¹⁵

VIVIR Y CAMINAR POR LOS MONTES AL RITMO DE LAS ESTACIONES

Actividades como la minería o el comercio, en que se ocupaban mazamorreros, arrieros y rescatantes, forzaban el contacto con el paisaje natural que tomaba forma en apacibles valles de tierras cultivadas, bosques feraces, caminos intrincados y boscosos que era necesario recorrer, ríos caudalosos por atravesar o montañas difíciles de escalar. El predominio de actividades mineras en la provincia de Antioquia, así como la inexistencia de haciendas propiamente dichas, facilitaron la movilidad geográfica de las gentes libres, mestizos y mulatos principalmente, que componían la mayor parte de la población. Este aspecto, que denota la existencia de unos patrones de ocupación con un alto grado de movilidad geográfica y desarraigo, se expresaba en un documento de la época, en que se aludía a que la gente trabajadora y caminera llevaba una “vida doblada”; vida doblada como la geografía regional hasta el punto de ser interiorizada en las formas del trato y la convivencia social.

Los hábitos de desarraigo que familiarizaban a los mazamorreros con un modo de vida “feroz y silvestre”, por vivir “retraídos a los montes y separados de la socie-

13. Por ejemplo, los labradores de la sabana de Bogotá tenían en la iglesia de Monserrate su “santo abogado”, al que acudían para calmar la sequía y la falta de pastos. Mientras que, en Popayán, las religiosas de la orden de la Encarnación dirigían sus rogativas a una estatuilla del Divino Salvador, “que se sacaba en procesión para implorar al cielo cambio de tiempo en épocas de lluvia o de sequías muy prolongadas”. Pero, según el comentario jocoso del obispo de allí, “sucede que cuando en la procesión se pide lluvia, empieza a calentar el sol y si se ruega porque venga el verano se desata tormenta de rayos y centellas”. Son testimonios de John Potter Hamilton hacia 1824, en su viaje a la Nueva Granada como primer agregado diplomático de Inglaterra en el país. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*, Bogotá, Biblioteca V Centenario, Colcultura, Viajeros por Colombia, Editorial Presencia, 1993, págs. 179-180 y 267.

14. Jorge Restrepo, *Retrato de un patriarca antioqueño. Pedro Antonio Restrepo Escovar, 1815-1899*, Bogotá, Banco de la República, 1992, pág. 329.

15. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*, pág. 358. En contraste con las situaciones en que era necesario invocar a santa Bárbara, los labradores y campesinos de la Nueva Granada tenían en san Isidro Labrador la personificación de su labor y la abundancia de la tierra que prodiga la vida con los alimentos. Unas animadas y emotivas celebraciones dedicadas al santo, en tiempos de cosechas y para iniciar los mercados agrícolas, presencié Manuel Ancizar en la población de Charalá hacia 1850, *op. cit.*, págs. 213-216.



Grabado en cobre coloreado a mano de Karsten, c 1860 (reproducido en *Alexander von Humboldt. Inspirador de una nueva Ilustración de América. Artistas y científicos alemanes en Sudamérica y México*, Berlín, 1988).

dad civil y cristiana”, y que constituyen todavía hoy un elemento de la “identidad paisa”, eran señalados hacia 1850 por Camilo Antonio Echeverry y Manuel Uribe Ángel, así:

El gremio de los zambullidores es esencialmente nómada. Hoy clavan la batea aquí, mañana allá, hoy se establecen en una playa; mañana ya han variado de residencia. Sólo cuando la arena es muy rica, se detienen [...] hasta que comience a empobrecerse. Verdaderos pescadores de oro, tienden sus redes arriba, abajo, y en todos los ríos, sin que sepan jamás donde habrán de hallar la pesca [...] Pasan en el agua todas las horas del día y luego que la tarde viene, se tiran a un pequeño rancho cubierto de



Baño de indígenas mexicanas en el río Valparaíso, Colina, por J. M. Rugendas (en Christie's, *Important Latin American Paintings, Drawings, and Sculpture*, parte I, Nueva York, 15 de mayo, 1995).

*hojas de palma, que improvisan sobre cuatro estacas a la orilla del río. El domingo, día en que generalmente tienen lugar los mercados en los pueblos pequeños [...] llevan un poco de oro para comprar provisiones [...] así permanecen hasta que el invierno comienza a hinchar de nuevo las aguas de los ríos*¹⁶.

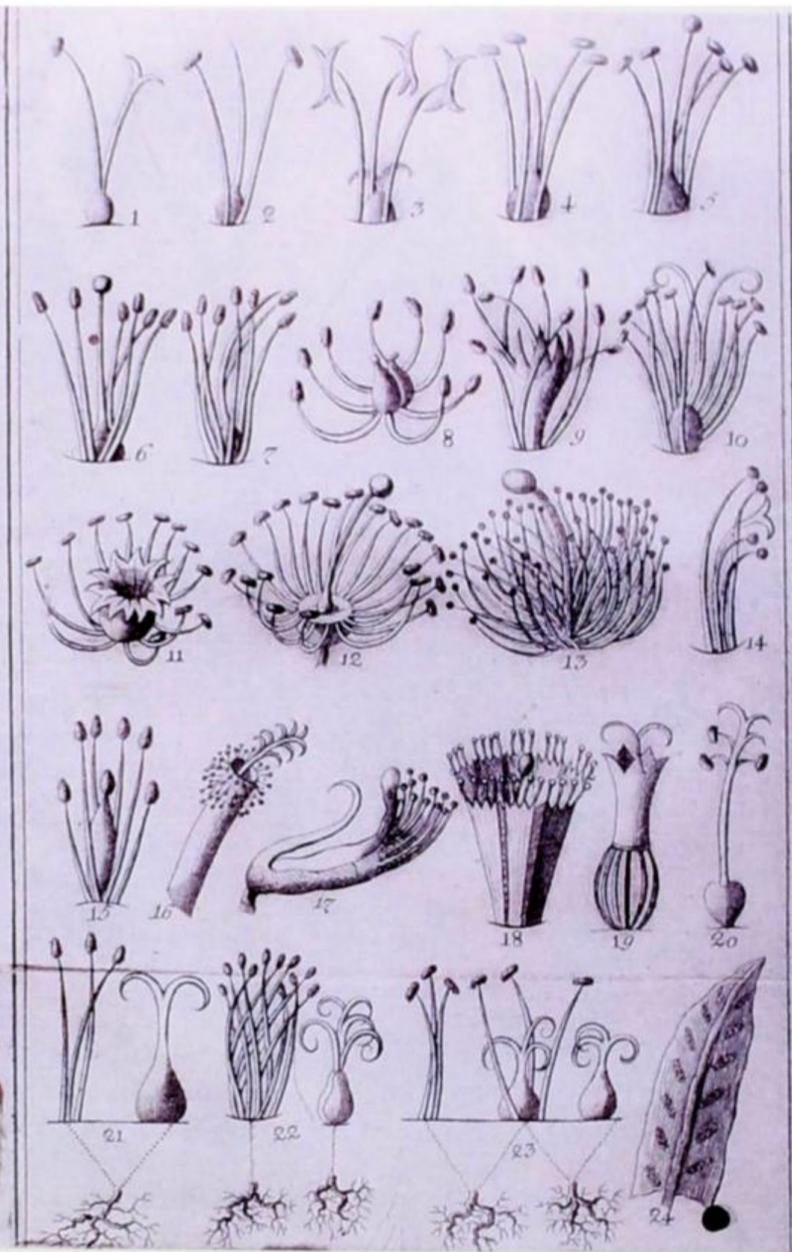
De esta forma, muchos trabajadores que vivían de la agricultura en centros urbanos como Medellín, Rionegro o Antioquia, se internaban en parajes boscosos y solitarios para ocuparse como mazamorreros en las tierras bajas y cálidas de Cáceres o Zaragoza en el verano, o en las altas y frías de los Osos, cuando podían explotarse

16. Citado en Vicente Restrepo, *Estudio de las minas de oro y plata de Colombia*, Bogotá, Banco de la República, 1952, pág. 232.

Para resumir y presentar á la primera vista los caracteres clásicos, añadiremos la tabla Sinóptica del mismo autor, con el nombre de *Llave del Sistema sexual*.

LLAVE
DEL SISTEMA SEXUAL,
ó
NUPCIAS DE LAS PLANTAS.

FLORES VISIBLES	
HERMAFRODITAS.	
(LOS ESTAMBRES NO ESTÁN UNIDOS POR ALGUNA DE SUS PARTES; (SIEMPRE IGUALES, ó SIN PROPORCIONES RESPECTIVAS.	
NÚMERO.	CLASES.
uno	Monandria, fig. 1.
dos	Dianandria, . . . 2.
tres	Triandria, . . . 3.
cuatro	Tetrandria, . . . 4.
cinco	Pentandria, . . . 5.
seis	Hexandria, . . . 6.
siete	Eptandria, . . . 7.
ocho	Octandria, . . . 8.
nueve	Enneandria, . . . 9.
diez	Decandria, . . . 10.
doce (hasta diez y nueve)	Dodecandria, . . . 11.
muchos (mas de veinte) insertos en el caliz.	Icosandria, . . . 12.
muchos (hasta ciento) insertos en el receptáculo.	Polyandria, . . . 13.
(DESIGUALES, DOS SIEMPRE MAS CORTOS; de 4. y dos estambres mas largos.	Didynamia, . . . 14.
de 6. y cuatro mas largos.	Tetradynamia, . . . 15.
(UNIDOS POR ALGUNA DE SUS PARTES; Los estambres unidos en un cuerpo.	Monadelphia, . . . 16.
unidos en dos cuerpos.	Diadelphia, . . . 17.
unidos en muchos cuerpos.	Polyadelphia, . . . 18.
Las anteras en forma de cilindro.	Synandria, . . . 19.
Estambres unidos y agarrados al pistil.	Gynandria, . . . 20.
(LOS ESTAMBRES Y LOS PISTILS EN FLORES DIVERSAS; Sobre un mismo pie de planta.	Monoecia, . . . 21.
Sobre pies diferentes.	Diocia, . . . 22.
Sobre diferentes pies, ó sobre uno mismo con flores hermafroditas.	Polygamia, . . . 23.
(APENAS VISIBLES ó QUE NO SE DISTINGUEN CLARAMENTE.	Cryptogamia, . . . 24.

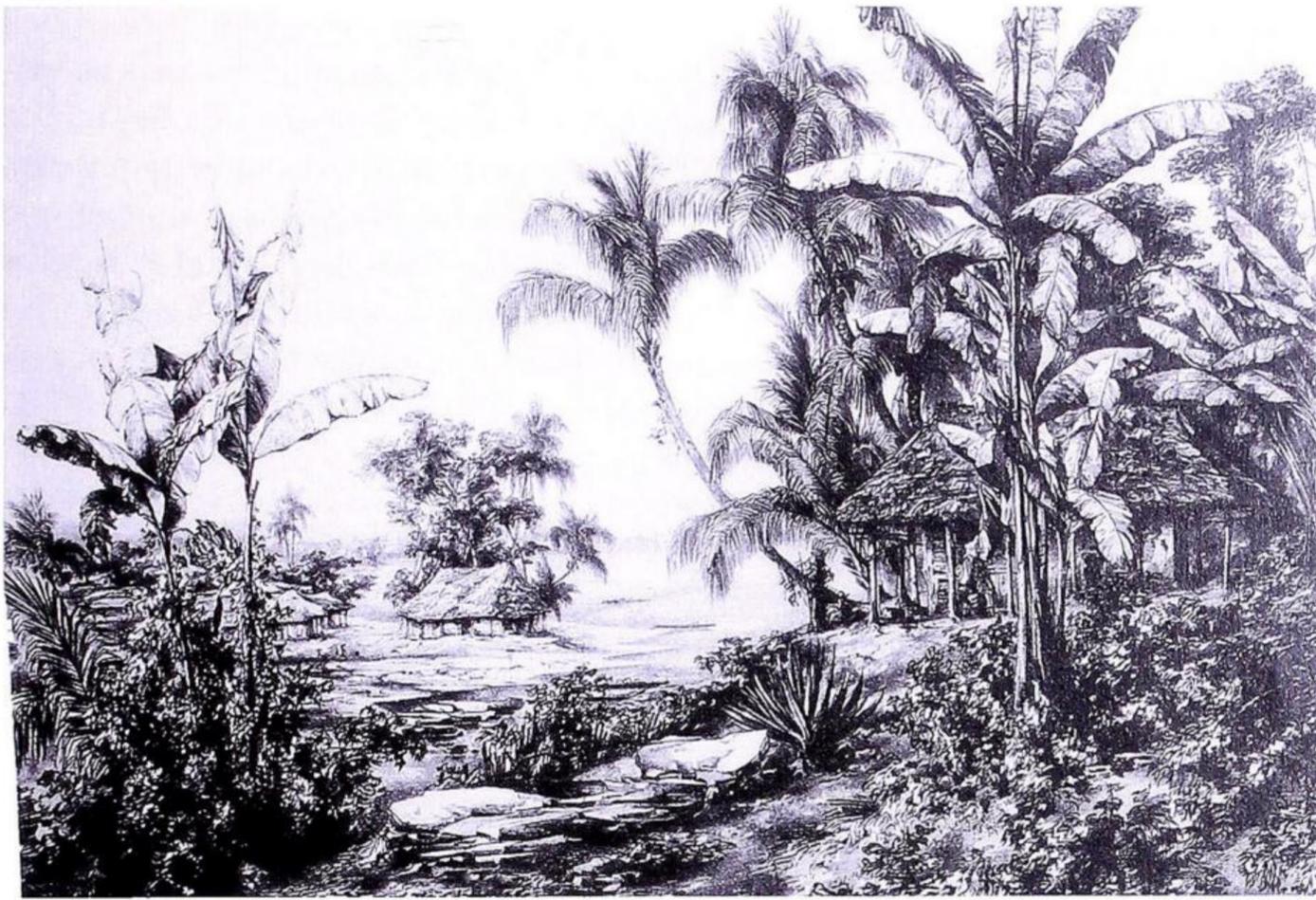


'Llave del sistema sexual de las plantas', lámina reproducida en *Caldas, 1768-1816*, Bogotá, 1994.

17. En la sociedad medieval Marc Bloch observó "una vasta indiferencia respecto al tiempo", por los ritmos naturales inmodificables ligados a la producción agrícola. Lo cual contrasta completamente con la noción del tiempo de las sociedades capitalistas industriales, donde tiempo y productividad, afán de lucro, cuantificación y exactitud, supusieron una aceleración de los ritmos de vida tradicionales rompiendo con los ciclos de la demarcación temporal natural-ecológica. Bloch, citado por Jacques Le-Goff, *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, Taurus, 1983, pág. 51. Véase también Juan Camilo Rodríguez, *Crítica de la economía del trabajo*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1992, pág. 69.

los aluviones. Así, el ritmo de las estaciones y la agricultura demarcaban los de la economía y la vida social, instaurando una regulación ecológica del tiempo a partir de los ciclos cósmicos. Tiempo medido por el sol y los ciclos lunares, que por su carácter periódico e inmodificable sugieren períodos de ocio inherentes al trabajo y culturalmente aceptados, la relativa inexistencia de afanes en la producción de suministros para el autoconsumo y cierta "indiferencia" de las gentes respecto al paso del tiempo. Estas actitudes del campesino raso podían resultar ajenas a los comerciantes y empresarios de centros urbanos como Medellín, o de los viajeros europeos, por ejemplo, más familiarizados con la concepción burguesa según la cual el tiempo no transcurre simplemente sino que se gasta porque cuesta dinero¹⁷.

La virtual indiferencia de los campesinos neogranadinos respecto al tiempo pudo cambiar de manera más radical, con su paulatina integración en la economía de mercado, exigente de ritmos de trabajo y productividad más acelerados, después de mediados del siglo XIX. Cuando la Nueva Granada mejoró sus nexos con la economía internacional, con la exportación de productos agrícolas codiciados en Europa, como la quina, el tabaco y el añil. La llegada a la Nueva Granada de extranjeros con deseos de fundar lucrativas empresas comerciales o mineras, pudo facilitar la asimilación de técnicas y disciplinas de trabajo más propias del capitalismo por parte de los técnicos locales y las elites educadas, interesados en asimilarlas por hacer viable el proceso de modernización de la economía nacional. Pero no siempre el encuentro cultural con los extranjeros en el mundo del trabajo se desarrolló sin resistencias por parte de los trabajadores campesinos, reacios a veces a aceptar aquellas innovaciones que irrumpían en sus tradiciones laborales y en su forma de vida. Es el caso del "primer establecimiento para extracción de oro" en el alto Sinú, hacia 1844, cuando los trabajos fueron dirigidos allí por inge-



'Chozas indígenas cerca de Nare', litografía de A. Berg, 1854 (reproducida en *Alexander von Humboldt. Inspirador de una nueva Ilustración de América. Artistas y científicos alemanes en Sudamérica y México*, Berlín, 1988).

nieros franceses, entre quienes se hallaba el singular Luis Striffler, quien describió con una escritura amena y científica los pormenores de su estadía en la región y del establecimiento minero¹⁸.

Entre los muchos problemas que enfrentó la empresa, fundada sobre la leyenda de un El Dorado, estuvo el de la renuencia de los asalariados sinuanos a extraer el oro de las playas auríferas, bajo la dirección de autoritarios ingenieros, que reemplazaron el sol ardiente del trópico con faroles acondicionados para la labor nocturna, con el fin de lograr mayores rendimientos para salvar las inversiones económicas y escapar a la estación de invierno, pues la inundación periódica de las sabanas impedía la continuación de los trabajos durante gran parte del año. Después de muchos inconvenientes para que los trabajadores se acoplaran a los cambios semanales de horarios diurnos y nocturnos, y para que no se resistieran al "trabajo útil" alargando espontáneamente los descansos con lo cual solían perder, según Striffler, una noche entera en una fiesta, los empresarios franceses vieron en todo esto una falta de disciplina. Por ello aumentó su indisposición, pues estaban "acostumbrados a los trabajos organizados en Europa" y no a las costumbres de "licenciosos" campesinos que intercalaban caprichosamente el trabajo con la fiesta y el ocio, sin un claro afán de lucro¹⁹.

Así pues, trabajos como la minería, con la implementación de técnicas más modernas, exigieron de los asalariados horarios de labor más intensos y ritmos corporales de mayor esfuerzo y rendimiento físico y trastocaban su cotidianidad demarcada por los ciclos cósmicos naturales. En este sentido, la generalización de formas de vida más urbanas y de oficios artesanales y fabriles que permitían a los trabajadores abstraerse del tiempo cíclico lunar, aunque fuera de manera incipiente, también pudieron contribuir a minar su supuesta indiferencia respecto al tiempo, sobre todo a principios del siglo XX, cuando se sugiere una mayor injerencia del capitalismo y la industrialización en Colombia, y particularmente en ciudades como Bogotá y Medellín²⁰.

18. Luis Striffler, *El alto Sinú. Historia del primer establecimiento para extracción de oro en 1844*, Barranquilla, Ediciones Gobernación del Atlántico, colección Historia, s. f.

19. *Ibíd.*, págs. 220-221. Striffler fue más explícito en sus comentarios al reconocer las diferencias entre América y Europa a este respecto, cuando, al bajar por el río Sinú y pasar por Montería, aprecia la soledad y calma de aquellos parajes que apenas si mostraban la existencia de gentes allí: "Poco movimiento se nota generalmente en esas poblaciones. La vida criolla corre como el río, en un silencio monótono. De día los hombres van a sus labranzas y las mujeres y los niños lo pasan retirados cerca de sus casas. La falta de industrias se nota en esa calma. Muy diferentes se presentan las poblaciones de los países industriales. Allí el ruido de los talleres aturde a todas horas. En la zona tórrida la naturaleza sola es bullera en las soledades. El calórico excesivo que enerva la constitución humana, es al contrario un poderoso estímulo para los vegetales y animales de sangre fría" (pág. 136). Tradicionalmente, desde el imaginario europeo sobre la abundancia y las bondades alimentarias del medio tropical americano se han explicado el ocio y la pobreza de sus poblaciones campesinas como una condición cultural. Al decir de Striffler, el clima en el trópico ha hecho tanto, que el hombre cree que no le queda más nada por hacer para su felicidad (pág. 159). Algunos geógrafos han hecho la crítica de esta concepción, que parece propiamente europea. Véase Pierre Gourou, *op. cit.*, págs. 81-82.

20. El tema de la disciplina laboral y del control del tiempo de los obreros y obreras en la industria fabril de Medellín, para principios del siglo XX, ha sido tratado por Alberto Mayor Mora en *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1984. Sería

continúa

Este aspecto de las valoraciones sobre el tiempo en la cultura campesina, difícil de rastrear en las fuentes históricas, puede vislumbrarse en las memorias de viaje de extranjeros como John Potter Hamilton. Para este diplomático llegado de la cuna del capitalismo, los artesanos ebanistas de Bogotá trabajaban muy despacio a pesar de sus buenas obras, y los bogas del río Magdalena, al igual que para otros viajeros, eran demasiado indolentes, no obstante sus largas y duras jornadas bajo el sol ardiente. Sobre los arrieros, señalaba que en una ocasión, al llegar al río Magdalena, el paso de las mulas y el equipaje los entretuvo por casi tres horas, pues

...los arrieros no tuvieron en cuenta para nada el valor del tiempo, creo con toda sinceridad que están blindados contra toda persuasión bondadosa que se les haga. Recomiendo a todas las personas impacientes el viajar seis meses por Colombia si desean aprender a adquirir paciencia, aun cuando tal vez les resultaría grave a algunos, pues nada hay tan propicio para conservar la salud en un clima tropical como un carácter suave y plácido²¹.

necesario explorar al respecto la forma como la popularización del reloj de uso personal desató o respondió a novedosos cambios en los ritmos de vida y en la percepción del tiempo, así como los medios de transporte y de las comunicaciones, como el ferrocarril y el telégrafo, pudieron generar un cambio en los imaginarios colectivos sobre los espacios y la geografía. Los aumentos vertiginosos en las velocidades de los medios de transporte y el desarrollo de las comunicaciones han transformado la percepción de los espacios y del mundo, como si gradualmente se percibieran más pequeños y se contrajeran, por la posibilidad de recorrerlos cada vez en menor tiempo, salvando grandes obstáculos y distancias.

21. *Op. cit.*, págs. 180-181.

22. *Op. cit.*, págs. 22-23. Los comerciantes y hombres de negocios de Medellín viajaron con frecuencia a la costa atlántica y posteriormente a Jamaica después de la Independencia. Entre los preparativos del viaje, el primero era dejar el testamento debidamente amparado ante notario. Véase Manuel Restrepo, "Comerciantes y banqueros: el origen de la industria antioqueña", en Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, vol. XXV, núm. 17, 1988, pág. 32.

Lejos de las condiciones objetivas que obligaban a los viajeros a ser pacientes en los caminos de la Nueva Granada, el comentario de Hamilton sugiere la distancia cultural existente entre él y los campesinos, acostumbrados a un ritmo de vida ajeno a los afanes del mundo urbano capitalista.

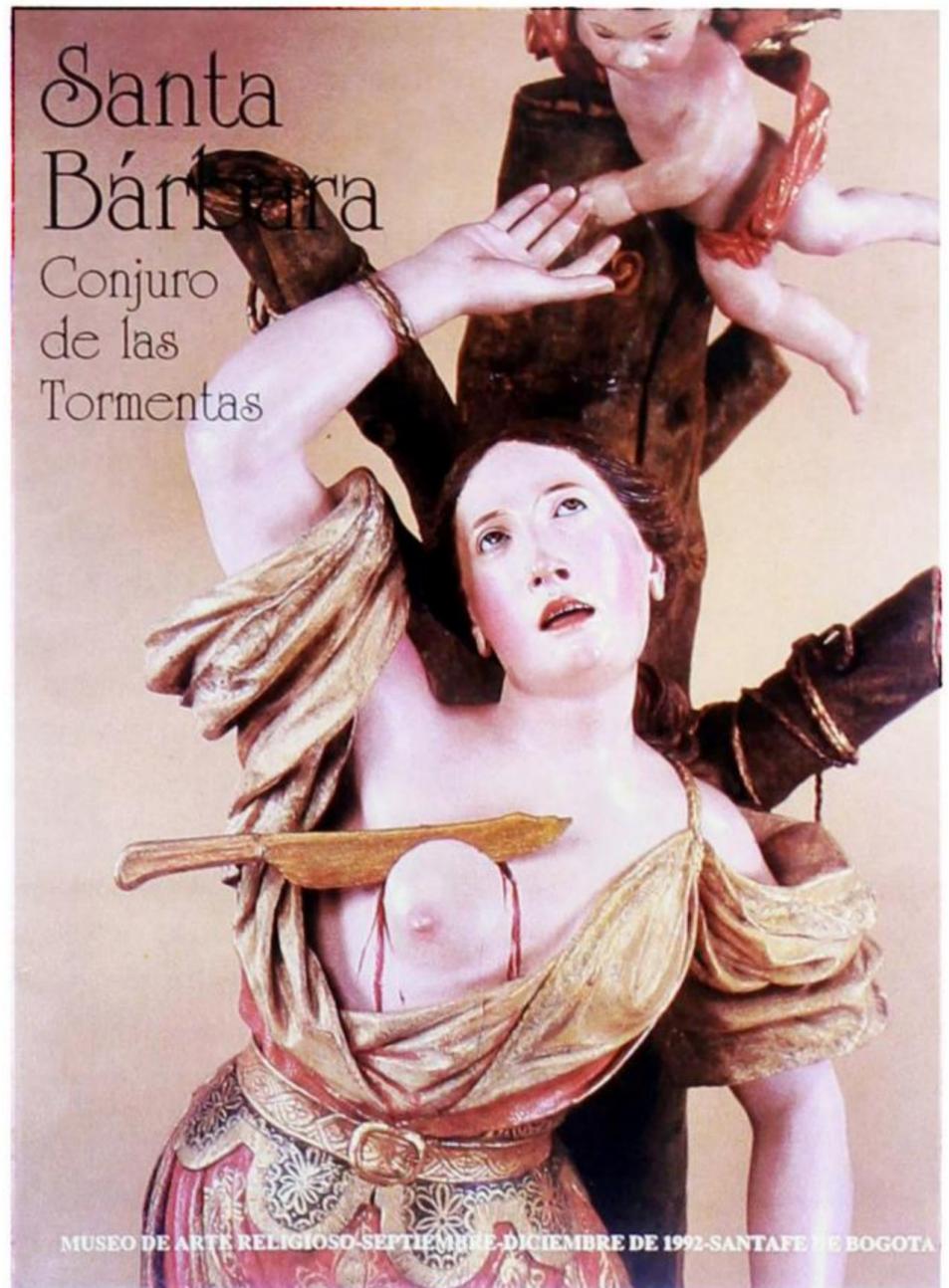
Como se mencionó antes, la irrupción de la naturaleza no domesticada, fuera de las ciudades, podía tomar forma en el transcurso de un viaje. Y era que internarse durante semanas y meses en parajes boscosos lejos de las ciudades era toda una proeza. Existía el riesgo de contraer enfermedades propias de climas malsanos, ahogarse en la travesía de un río, caerse por un cenagoso y empinado camino, morir en las garras de alguna fiera ocasional o por la picadura de alguna víbora, sin encontrar remedio para ello, o por lo menos los auxilios espirituales de un sacerdote para preparar al accidentado al "bien morir". El temor que sentían las personas a estas situaciones que ponían en vilo la vida, es difícil de comprender si no se considera lo indeseable que resultaba en aquellos tiempos la muerte repentina, sin tiempo para preparar el alma. Separarse, pues, por más o menos tiempo de la familia y las comodidades urbanas arriesgando la vida en lugares selváticos, llevaba a que el viaje tuviera entonces un efecto marginador y a veces terrorífico para el que las gentes se preparaban yendo a misas, encomendándose a los santos de su devoción y dejando elaborado su testamento.

Don Teodomiro Llano, en su biografía del señor Gabriel Echeverri, se refería a lo dramático que podía ser el viaje en la época colonial, dejando entrever las razones que se han expuesto. Decía, a fines del siglo pasado, que:

...se viajaba poco, y eso por setenta razones: la primera porque no había por dónde, y quédense las demás en el tintero. Motivo tenían, pues, aquellas buenas gentes cuando antes de ponerse en camino, si así puede decirse, fuera para la Costa, o para la [...] Provincia del Cauca, o para Santafé, hacían testamento y se acercaban al tribunal de la penitencia, así llamado, no sólo por ser ése su nombre canónico, cuanto por lo que iban a imponerse los viandantes, que por lo mismo venían a ser dos veces penitentes. Aquello era como despedirse para dar la vuelta al mundo; era más, era como pedir órdenes para la eternidad²².



Orilla del río Magdalena vista por A. de Gabriac en 1868 (en Humboldt, núm. 99, año 31, 1990).



Santa Bárbara, conjuro de las tormentas, carátula del catálogo de la exposición, Museo de Arte Religioso, Banco de la República, Bogotá, septiembre-diciembre, 1992.

Algunos de los riesgos de la vida montaraz a los que se refería don Teodomiro Llano, los deja traslucir, aunque justificándose, la declaración de un ordinario campesino colonial llamado Antonio Durango en 1794, cuando fue requerido por usar armas prohibidas por las leyes españolas. Durango fue apresado por las autoridades indias del pueblo de Sabanalarga en las márgenes de la ciudad de Antioquia, y decía de su cuchillo:

...Ésta es una arma muy menesterosa a todos los que habitamos, caminamos y laboramos por estos montes, de suerte que el que no tiene puñal carga cuchillo a causa de que cuando uno menos piensa se encuentra con un tigre, con un león o con un oso, y para poderse defender, o lograr de ellos engasta un hombre el puñal en un palo, que le sirve de lanza...²³

Como era necesario el “resguardo y defensa” de las gentes cuando iban de camino, las autoridades permitían cargar armas. No ocurría lo mismo dentro de las poblaciones, donde se restringió su uso, en especial a los negros esclavos. Allí imperaba la ley de los hombres como un límite al mundo salvaje de las afueras.

Respecto a la fauna de la provincia de Antioquia, José Manuel Restrepo ofrece un inventario de las principales especies que la poblaban, dejando entrever luego que la amenaza de la naturaleza salvaje podía ser en realidad menor para los que llevaban una vida nómada.

23. Citado en Beatriz Patiño M., *Criminalidad, ley penal y estructura social en la provincia de Antioquia, 1750-1820*, Medellín, Idea, 1994, pág. 303.

Entre las “fieras” de la provincia estaban los tigres de los valles ardientes que devoran los ganados, osos feroces, leones tímidos y pequeños; también venados, dantas, saínos y tatabros; osos hormigueros, zorras, perezosos, conejos, armadillos y erizos. Se encontraban muchas especies de monos y el perro de monte. Entre los anfibios, la iguana, la nutria y el ratón de “finas y manchadas pieles”. Entre las aves, la pava, la guacharaca, el gurrí, la tórtola y el pato; garzas, soledades, yátaros y toches de bonitos plumajes. Y entre las de rapiña, las águilas y otras más²⁴.

Propios de los climas cálidos donde la vida tropical es más prolífica, Restrepo registró la existencia de muchas culebras, alacranes, “ciempiés venenosos”, langostas y escuerzos; mosquitos de “agudas picadas” e infinidad de insectos, entre los cuales se destaca la mariposa. No obstante la abundancia de especies en la provincia, decía: “Se caminan muchas leguas de montes sin encontrar un cuadrúpedo, sin hallar una avecilla, especialmente de esas que en la zona tórrida hermocean los bosques con lo vario y rico de sus plumajes. Sobre todo en las tierras frías no reina más que una soledad profunda...”²⁵, cuando se transita fuera de los poblados.

Aunque la vida fuera de las ciudades conllevaba riesgos para la salud, José Manuel Restrepo exponía otros motivos por los cuales no era conveniente permanecer fuera de poblado. Entre ellos, el abandono de la familia por parte del trabajador. Y era que las historias de desarraigo de los jornaleros y mineros antioqueños incluían frecuentes concubinatos y adulterios que contradecían el modelo de familia patriarcal promovido por las autoridades entre la población. Restrepo adjudicaba a la articulación entre la minería y la agricultura la prosperidad de Antioquia; sin embargo, veía necesario que los trabajadores se entregaran de lleno al cultivo de los campos, pues las minas

...Se han retirado ya mucho de las poblaciones; y las abundantes de metal existen en las selvas más remotas, y en climas enemigos de la salud del hombre: el que se dedica a explotarlas tiene que abandonar a una esposa querida, a unos hijos que ama tiernamente, y retirarse a los bosques y a países malsanos: al fin, cuando piensa enriquecerse, sus halagüeñas esperanzas salen fallidas, y el agricultor es el que saca utilidad de todos sus padecimientos. ¡Cuánto mejor es pasar una vida deliciosa entregado a la agricultura en el seno de una familia!²⁶

24. José M. Restrepo, *op. cit.*, pág. 255. El citado león corresponde a una especie de felino americano.

25. *Ibíd.*

26. *Ibíd.*, pág. 267. La cita de Restrepo estaría en orden con lo que ha señalado Renán Silva en su investigación *Las epidemias de viruela...* (pág. 7), que frente a la “individualización” del contagiado, a quien se separaba de sus familiares, se protestaba “invocando la *unidad familiar*, como si tal protesta anunciara, a partir de finales del siglo XVIII, el inicio de una nueva fase en la evolución local de las estructuras familiares”. La imposición de un modelo de familia cristiana y patriarcal por parte de los borbónicos en Antioquia, propició el aumento de los conflictos familiares, antes que su disminución y control. Véase Beatriz Patiño, *Criminalidad...*, pág. 458.

En realidad, la lejanía de las minas de las ciudades beneficiaba a los comerciantes que hacían de intermediarios entre agricultores y mazamorreros. Sin embargo, Restrepo, así como los dirigentes borbónicos de su época, creía conveniente hacer más sedentarios a muchos trabajadores flotantes que engrosaban las filas de pobres y vagabundos, cuya miseria y movilidad los sacaba de sus familias para internarse en una vida silvestre e informal que parecía disfuncional al orden social. Más aún: promovía una sociedad de agricultores más característica del siglo XIX, en especial para superar las deficiencias de este renglón de la economía incapaz de asegurar los suministros de víveres de consumo interno y aun para su exportación.

LA CIUDAD CONTRA LO SALVAJE

Como se indicó anteriormente, a pesar de que en la época colonial la existencia de gran parte de las gentes transcurría en un medio agrario y rural, la mentalidad hispánica entraba en contradicción con esta realidad, pues se consideraba



Montes en la provincia de Medellín, 1852. Acuarela de Henry Price (tomada de J. Ardila y C. Lleras, *Batalla contra el olvido. Acuarelas colombianas*, 1850, Bogotá, 1985).

que la vida nómada o en extremo rural conllevaba un riesgo de marginación de la vida civilizada por el abandono del ambiente urbano y doméstico. Quien frecuentaba los caminos y tierras yermas estaba sujeto a relacionarse con desconocidos y a las insidias de la naturaleza, de forma que se emparentaba con un modo de vida “tosco y montaraz”, olvidando las leyes de los hombres. La prevención de las autoridades coloniales con la gente “montuna y rústica”, generalmente personas de muy baja condición, ignorantes de las leyes y los preceptos cristianos, es comprensible si se atiende a que vivían generalmente en partidos y aldeas circundantes de los centros urbanos, donde el control social era más difícil de ejercer y sus comportamientos se alejaban del modelo de sociedad católica, “pura y sin pecados”.

En los lugares despoblados, como los montes, riberas de ríos y quebradas, caminos y estancias rurales, el paisaje natural y boscoso servía de cómplice para delitos frecuentes, como lesiones personales, homicidios, infanticidios y violaciones²⁷. Escenarios periféricos y no gobernados que servían para los “secretos vergonzosos” y la impunidad de los delincuentes.

La ciudad colonial era considerada el lugar donde podía realizarse plenamente la vida civilizada, pues allí tenían vigor las instituciones civiles y eclesiásticas que regulaban la vida social. Sólo “vivir en policía y a son de campana” garantizaba la vida humana. Por esto, los espacios allende los términos de las ciudades podían suscitar en la imaginación colectiva miedo y desconfianza, porque supuestamente allí reinaba el caos por escapar al control de la ley²⁸. Los parajes boscosos y salvajes eran, pues, la negación natural de la vida social; sin embargo, la metáfora espa-

27. Así lo señala el trabajo de Beatriz Patiño, *Criminalidad...* págs. 298 y 388. También págs. 300, 350, 371, 384 y 406. Sobre la vida campesina como condición de rusticidad, págs. 96, 119 y 418.

28. En este sentido, en su carácter imaginario, la ciudad colonial americana es heredera de la medieval. La ciudad medieval se contrapone al bosque. “El bosque es la antítesis de la casa y el fuego del hogar, de la aldea y del campo amojonado, donde imperan los dioses domésticos y donde prevalecen las leyes y las costumbres. El bosque alberga las cosas oscuras y prohibidas: secretos, terrores que amenazan la vida resguardada que se hace en el ordenado mundo de la vida cotidiana”. Heinrich Zimer, *El rey y el cadáver* (compilación de Joseph Campbell), Argentina, Ediciones Marymar, 1977, pág. 129. Sobre cómo las tierras desconocidas al margen de la ciudad despertaban

continúa

cial que superpone “orden vs. desorden” a “centro urbano vs. periferia” era relativa, pues la contraposición entre estabilidad y movilidad no era rígida; muchas personas de reconocida posición o “buena moral” debían movilizarse por los campos y montes sólo en razón de su oficio: comerciantes, funcionarios o arrieros, por ejemplo. Además existía un continuo ir y venir de gentes del campo y la ciudad, que estaba en el orden legítimo y cíclico de labores, cosechas o festividades.

La pretensión de organizar la vida urbana al margen del “mundo salvaje” que podía estropearla, se aprecia en el proyecto colonizador de los borbones a fines del siglo XVIII, como parte de un amplio programa de reformas —y de actualización de viejas políticas— donde civilizar significaba poblar y reducir a poblado las gentes dispersas del campo. De forma que esta política de reordenamiento social entraba en contradicción con los patrones de poblamiento tradicional e informal, y que fueron dispersándose, a través del tiempo, alrededor de los centros urbanos.

Un ejemplo de este proceso lo constituyen las instrucciones que, en 1786, el gobernador Juan Antonio Mon y Velarde dio a don Pedro Rodríguez de Zea para organizar nuevas poblaciones en las montañas de Tenche, en la región de los Osos. Debía examinar el clima “benéfico y sano”, la dotación segura de aguas, maderas, tierras fértiles y minas. Luego, seleccionar un terreno de elevación proporcionada,

...Sin lagunas, ni pantanos que les incomoden; que no se han encontrado animales ponzoñosos, ni tanta multitud de fieras que puedan incomodar a los habitantes o a sus ganados. Que distan de la población más o menos de hasta tantas leguas²⁹.

La noción de lo que debía ser un hábitat propiamente humano, apreciable desde los inicios del proyecto colonizador hispano, señalaba a la ciudad como creadora de sociedad; sociedad humana irreductible y diferenciada del paisaje natural gobernado por los animales³⁰. El proyecto de ciudad hispana suponía entonces un dominio ecológico del territorio y la constricción de las comunidades al espacio urbano, pues la vida “fuera de poblado” no implicaba otro tipo de sociedad humana legítima, sino una vida asocial y salvaje que era necesario superar y combatir.

En el ambiente de reformas de fines del siglo XVIII, se tornaron problemáticos comportamientos tradicionales de la población como los amancebamientos, la vagancia, algunos juegos, festividades y costumbres religiosas. Como se sugirió antes, esto significó un mayor control social sobre la vida pública y doméstica por parte de las autoridades y el cuestionamiento a los modos de vida propios de la cultura campesina y agraria.

El control de comportamientos sociales prohibidos para adelantar la “limpieza moral” de los vasallos tenía su correlato en la “limpieza material” de los espacios donde transcurría su existencia. Los reformadores borbónicos promovieron la consigna burguesa, que haría carrera en el siglo XIX, de que “lo limpio es lo puro”, tanto en la sociedad humana como en la naturaleza. Este elemento de la higiene pública fue una de las matrices de la “policía”, que entendía una serie de actividades de las instituciones de gobierno, como el ordenamiento urbano, la seguridad social, la potenciación de la producción y el orden público³¹.

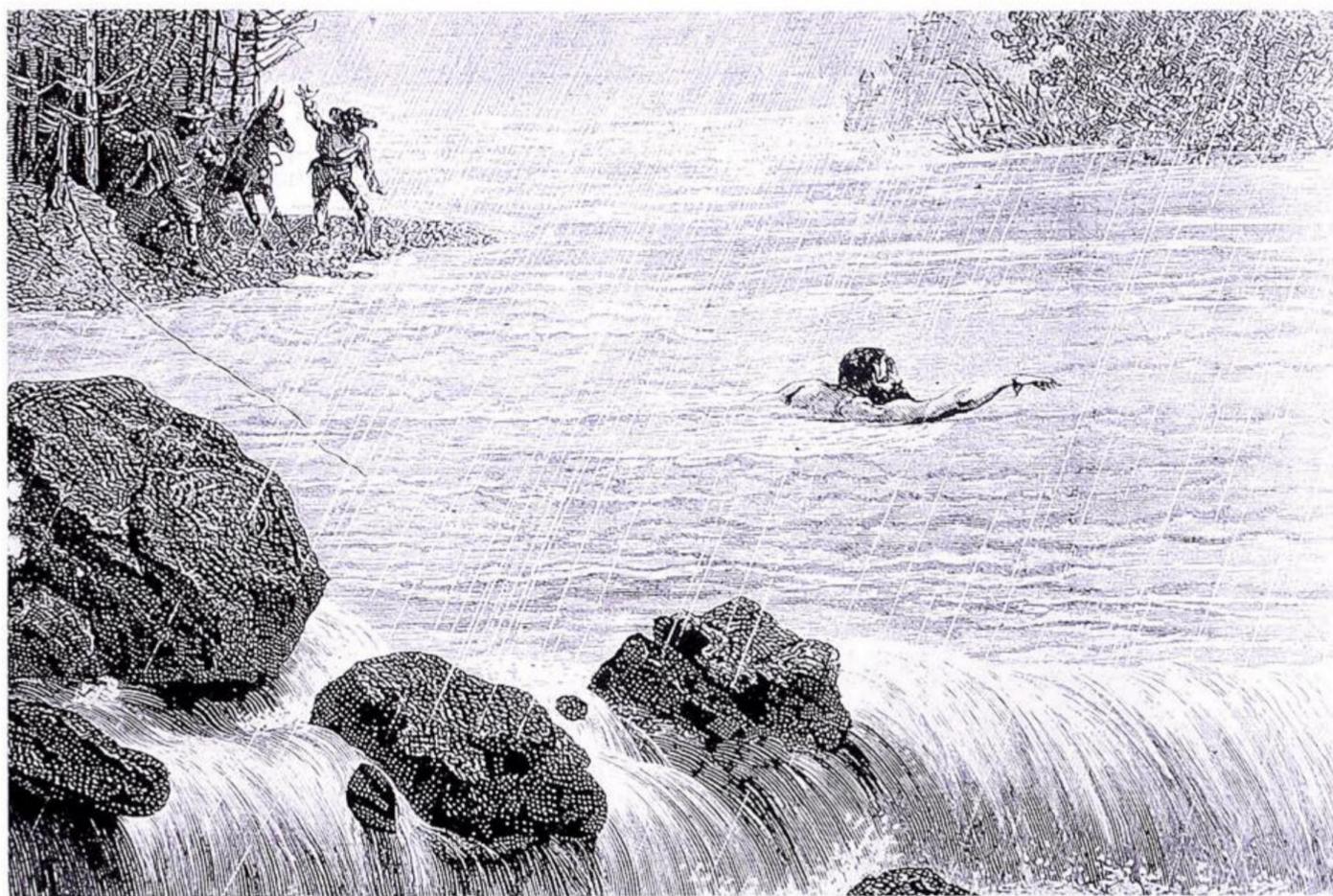
Para elevar el nivel de vida y asegurar la “felicidad” de los vasallos, las autoridades españolas emprendieron la construcción de carnicerías, fuentes de agua y hospitales en las principales localidades, como la ciudad de Antioquia y la villa de Medellín.

en la imaginación colectiva la proyección de fantasmas, véase Bronislaw Geremek, “El marginado”, en Jacques Le-Goff, *et al.*, *El hombre medieval*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, págs. 359-387, y Jean-Claude Schmitt, “La historia de los marginados”, en Jacques Le-Goff (dirección), *Diccionario La Nueva Historia del Saber Moderno*, s.p.i., págs. 401-426. También de Le-Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1986, capítulo II.

29. Emilio Robledo, *op. cit.*, t. II, pág. 12.

30. Juan Pérez de Tudelo y Bueso, Introducción, *Revista de Indias*, año XXXIII, vol. I, enero-diciembre de 1972, núms. 127-130, pág. 2. Señala José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI Editores, 1984 (págs. 12-13): “Desde su fundación misma tenía asignado la ciudad ese papel. La fundación, más que erigir la física, creaba la sociedad. Y a esa sociedad compacta, homogénea y militante, correspondía conformar la realidad circundante, adecuar sus elementos —naturales y sociales, autóctonos y exógenos— al designio preestablecido, forzarlos y constreñirlos, si fuera necesario”.

31. Jean-Pierre Clement, “El nacimiento de la higiene urbana en la América española del siglo XVIII”, en *Revista de Indias*, vol. XLIII, enero-junio de 1983, núm. 171, págs. 77-95.



— ‘Un momento crítico en el río Ovejas’, dibujo de Bayard, reproducido en *Geografía pintoresca de Colombia*, Bogotá, 1968.

También ordenaron “empedrar y aliñar” las calles y paseos públicos y la construcción y ornato de edificios públicos, como los cabildos, cárceles, iglesias y hospicios. Se trataba de darles a los espacios públicos un carácter propiamente urbano, excluyendo aquellos signos de la naturaleza indómita y agreste que incursionaban en la vida civilizada. De ahí que combatieran toda familiaridad o cercanía con el mundo vegetal o animal con el que las gentes parecían congradadas y cuya presencia era vista como barbarizante. Ordenaron entonces y reiteradamente limpiar de arbustos y hierbas los solares y arrabales, recoger de las calles los “perros errantes” y rabiosos y, como lo hiciera el gobernador Francisco Silvestre, “que se quitasen los cerdos que andaban casi a manadas por las calles”³².

La pretensión de las autoridades de mejorar la vida de policía poniendo freno a una naturaleza que parecía asfixiar e impedir la vida urbana, se aprecia también en las ordenanzas dictadas por el gobernador Juan Antonio Mon y Velarde para la ciudad de Antioquia en 1787. En ellas decía:

*Mejorando las costumbres y escarmentando los vicios, era consecuencia precisa establecer algunos reglamentos de policía, que como va dicho se hallaba desconocida. Los pueblos sepultados entre malezas de los montes, exhalaban aires malsanos y corrompidos y los insectos más venenosos estaban como familiarizados con sus habitantes. Se mandaron arrasar y desmontar todas las malezas que había en su centro y aun en las inmediaciones, blanquear las casas en las principales poblaciones, reconocer las ruinosas y destruirlas; ponerlas en orden agradable, haciendo vistosa armonía...*³³

La estrategia higienista del siglo XVIII, aunque todavía con rastros galénicos, dada la preocupación por los efectos del aire sobre la salud, parecía estar dirigida a lograr ciudades amplias y abiertas para garantizar la ventilación permanente y evitar la promiscuidad de los hombres con una naturaleza pútrida y exuberante, solidaria de situaciones degradantes, como la enfermedad, o licenciosas, como los delitos y pecados. “Aseo topográfico” y “aseo social” eran, pues, dos elementos

32. Francisco Silvestre, *Relación de la provincia de Antioquia* (transcripción, introducción y notas de David J. Robinson), Medellín, Secretaría de Educación y Cultura, Ediciones Especiales, vol. 4, 1988, págs. 182-183.

33. *Bosquejo biográfico...*, t. II, pág. 321. Entre hombre y naturaleza, se establecen “cortes estratégicos” en los límites o puntos de ruptura entre aquél y su entorno zoológico y natural. Se separa, primero, al ser humano de la fauna doméstica, y en segundo lugar, a éstos de la salvaje. Lo cual se logra, según los estudios de Edmund Leach retomados por Emmanuel Le-Roy Ladurie, con insultos y por medio de tabúes y prohibiciones alimentarias sobre determinados animales como el perro y el lobo. El imaginario colectivo establece los “cortes” y relaciones con el mundo natural por medio de simbolismos, metáforas y las valoraciones positivas o negativas sobre los animales. Emmanuel Le-Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981, en especial el capítulo XIX. Juan Carlos Jurado, “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Bogotá, vol. XXXIV, núm. 46, 1997, págs. 3-27.

inseparables de la "vida en policía", la vida urbana³⁴. Es posible comprender mejor la dimensión modernizante de estas medidas gubernamentales, tendientes a darle un carácter más "civilizado" a los arrinconados poblados coloniales que se confundían con su exuberante paisaje natural circundante, si se considera que los reformadores borbónicos provenían de centros administrativos propiamente urbanos y de mayor rango, y no estaban congraciados, como sus antecesores, con el modo de vida campesino y silvestre de gran parte de la población.

Fue un proceso bien complejo promover la vida de policía en las localidades de la provincia donde lo urbano era tan precario, pues las condiciones objetivas hacían poco claras sus fronteras con el paisaje natural y rural, en una geografía abierta y quebrada que facilitaba la dispersión de la población en él.

34. Jean-Pierre Clement, *op. cit.*, pág. 78. Alain Corbin, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 105-110.